

# T E S E O

*Dirigen estas hojas de letras y arte:*

JULIO C. AVANZA, JOSE G. CORTI, ALEJANDRO  
DENIS-KRAUSE, ALEJANDRO DE ISUSI

---

## S U M A R I O

### 1

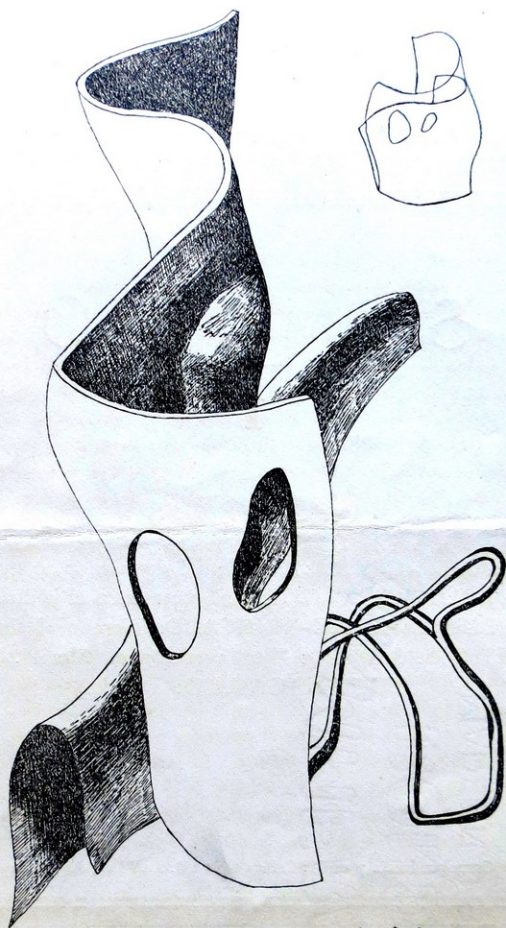
MARCUS MANILIUS: Astronomicon, versos 456 a 505.  
ADOLFO DE OBIETA: Cuando del gran amor no queda...  
ARTURO HORACIO GHIDA: Sorpresas en el jardín.  
JOSE LUIS SANCHEZ-TRINCADO: Tiempo al tiempo.  
ERNESTO R. SABATO: "La invención de Morel".  
SYUITI NAGAYASU: Dibujo.

Correspondencia y canje: Calle 44 N° 253. La Plata, Argentina

---

*El Minotauro y Teseo avanzando en una selva de sombras y de rayos.*  
ANDRE FRAIGNEAU.

1941



Syuiti Nagayasu

SYUITI NAGAYASU: Dibujo (Tokio, 1941)

# MUNDO DE LABERINTO

ASTRONOMICON

Versos 456 a 505

Los astros tienen, además, entre ellos, ciertas relaciones particulares, según las cuales se forman por sí mismos otras especies de correspondencias. Se miran, se escuchan los unos a los otros; se aman, se odian; algunos sólo hacia sí dirigen miradas complacientes. De ahí acontece que signos opuestos se prestan algunas veces socorros; que otras, ligados por afinidades, se hacen reciproca guerra; que ciertos, aunque en aspectos desfavorables, vuelcan sobre los hombres, en su nacimiento, el germen de una amistad inalterable; que otros, en fin, resistiendo el impulso de su naturaleza y de su posición, se evitan mutuamente. La causa de eso es que Dios, dando leyes al mundo, inspiró diversos afectos a aquéllos; unió a algunos por lazos de una estrecha amistad; de manera que esos signos pudieran ver y escuchar a otros, amar a éstos, hacer a aquéllos una guerra eterna; que varios aún fuesen totalmente satisfechos de su suerte, que no hubiere inclinación más que para ellos solos, que se manifestaran un afecto exclusivo. Nosotros vemos hombres de este carácter; lo tienen de los astros que han presidido su nacimiento. El carnero es consejo de sí mismo, esto conviene a un jefe; se escucha, mira la balanza, y se alucina amando al toro. Este último le tiende asechanzas, y ve más lejos a los peces centelleantes, los escucha; pero su alma está poseída por la virgen. Así él había, antaño, llevado sobre su lomo a la bella Europa, que con su mano izquierda se tenía de sus cuernos; él prestaba, entonces, su forma a Júpiter. El oído de los mellizos se tiende hacia el joven que provee a los peces aguas inagotables; los peces son el objeto de su complacencia, el león el de su atención. El cangrejo y el capricornio, diametralmente opuestos, se contemplan y se prestan recíproco oído; el cangrejo procura hacer caer el acuario en sus trampas. El león dirige su vista hacia los mellizos, su oído hacia el sagitario; ama al capricornio. Erigona mira al toro, escucha al escorpión, y trata de engañar al sagitario. La balanza se consulta a sí misma; no vé más que al carnero, quiere tiernamente al escorpión, que está debajo de ella. Este vé los peces, y odia soberanamente a la balanza. El sagitario presta acostumbradamente un oído atento al terrible león; no aparta los ojos de la urna del acuario; entre todos los signos, quiere sólo a la virgen. El capricornio, al contrario, se contempla a sí mismo; ¿podría llevar su vista sobre un signo más noble? Ha tenido la dicha de alumbrar el nacimiento de Augusto; escucha al cangrejo, que brilla en la parte más elevada del cielo. El acuario, siempre desnudo, oye atentamente a los mellizos; cultiva la amistad del ardoroso cangrejo, y contempla las aceradas flechas del sagitario. Los peces vuelven la vista hacia el hirviente escorpión, y desean escuchar al toro.

MARCUS MANILIUS

## CUANDO DEL GRAN AMOR NO QUEDA...

Cuando del gran amor no queda más que el débil eco de un nombre  
que uno de estos días no será ya más cierto que otro nombre cualquiera,  
y las últimas figuras de agua se desvanecen en la memoria;  
y recordamos los días en que deseábamos que el mundo respirara nuestra dicha  
o aquéllos en que no queríamos que nadie adivinara nuestra mirada.

¿Por qué, una vez, los pasos empezaron a ser más silenciosos,  
y dejamos un primer día de vernos  
y otra mañana no me despertó tu voz  
y una noche pudo pasar, sin darnos cuenta, en el olvido?

¿Cómo el silencio despertó entre nosotros?

Y los ojos quisieran alzar las luces de otras horas,

Cuando de la tormenta divina van cayendo en el reposo las últimas gotas,  
cuando de la pasión desesperada no queda más que el gesto,  
y todo el presente de amor no es más que el haber amado  
y se mira a los ojos sin lágrimas y ya apenas se cree en el destino.

Y ese otro, el más oscuro día, en que quisiéramos seguir amando  
(ya en el olvido)  
a quien hace ya mucho que no nos llama.

*(Buenos Aires, 1941)*

A D O L F O   D E   O B I E T A

## SORPRESAS EN EL JARDIN

Cuando, entre el viento de aquella tarde maniática, bajé al jardín, era tan puro el desorden que hasta las flores se habían puesto las medias al revés.

Un rosal que me inspiraba profunda simpatía a causa de sus redondas mejillas de muñeca, tersas como toronjas, se mordía las uñas mientras miraba extasiado el vuelo de las moscas azules, de largas pestañas de nube, que aleteaban en torno de su frente llena de rizos rubios, como si quisieran espantar los finos piojos de oro que en ellos asomaban sus ojitos burlones y cariñosos.

Los nomeolvides, tan corteses conmigo habitualmente, preocupados en componer su "toilette" vespertina a la luz de pequeños espejos, no se percataron de mi presencia. Quizás ésta resultaba un tanto inoportuna a esas horas. Lo cierto es que, sin hablarme, la sombra de sus frágiles talles comenzó a recoger los últimos zapatos de cristal que el sol repartía, con generosidad vocinglera, entre las pobres criaturas del césped. Iban y venían, a través de fugaces mareas, piernas de esbeltas ondulaciones o brazos delgados como canoas o brillantes trenzas de mariposa. Y siempre de pronto, igual que en las inexactas tormentas del insomnio.

¡Ah! Olvidaba decir (mi memoria merece sesenta tirones de oreja por segundo) que el jardín de que hablo lo es tan sólo hasta un límite tolerable. En realidad es una mezcla de huerta y jardín, porque lo cuida un ángel bilioso y glotón, de pollera y rastrillo, que suele arañar a los visitantes impertinentes propinándoles, con delicadeza, tres o cuatro puntapiés. Ese ángel cultiva, junto a los gladiolos, azucenas, jacintos y margaritones, familias de espinacas que figonean con cara hipócrita por los alrededores, perejiles de flexible cintura, ajíes de puntiaquido hocico verde y tomates coloradotes que, en mis domingos de neurastenia acecho con un poco de rabia, indignado por la salud que exhibe su piel de doradas ampollas. (Puedo afirmar, bajo palabra de honor, que agachan la cabeza y se enrojecen hasta la raíz, cuando les endilgo la funeral salutación de los días amarillos).

Pues, ¿quién se atreverá a creerlo? La tarde a que me refiero, las inmemoriales nociones de jerarquía social —que obligan a los personajes del jardín y las tribus de la huerta a guardar respetuosamente las distancias— se habían borrado. Las escarolas, obscenas por naturaleza, apretaban bucles de violeta en sus anchas manoplas callosas y reían con la satisfacción de los rústicos cabezudos que ven resbalar una muchacha de lindas piernas por cáscaras de escaleras malintencionadas. Cerca de sus risas, los fornidos repollos levantaban sobre sus hombros el cuerpo grácil de una anémona. ¡Dios mío! totalmente desnuda. Más allá, el naranjo, que durante las noches crece hasta la luna, se obstinaba en ofrecer ramos de suspiros sentimentales a las margaritas, sentadas junto a los zapallos, en plena francachela crepuscular. La escena no me pareció edificante y procuré indagar a las Razones capaces de explicármela.

Llamé, con urgencia, a las Razones posibles: la pura y la práctica, la ideológica y la moral, la carnívora y la vegetariana. Pero estaban sordas y mudas y ninguna acudió. Mi dis-

gusto era tan virulento que mis cabellos empezaron a girar como tarántulas enloquecidas, en tanto que algunos escorpiones y feos renacuajos rodaron por la hierba.

Súbitamente, un sutil rayo de plata filosa, seguro como el grito de rubor que dan las espadas al salir hacia la luz, penetró en el umbral de mi oreja, se entretuvo en las inmediaciones de mi barba, posó sus alas en mi cuello, igual que una abeja sobre un botellón, y se alejó por las platabandas. Me di vuelta y miré. A mi lado, el ángel del jardín recogía graciosamente su uña más alta, de cornisa de golondrinas, que me había acariciado para tranquilizarme; luego estiró sus labios hasta tocar el parral de edad más antigua (un parral sonoro de concupiscencias como los viejos sátiros que triscan en los bosques de la Fábula) y le dijo al oído, en tono zumbón, una especie de piropro que no alcancé a comprender y que, revoloteando, se detuvo, indeciso, sobre los racimos espléndidos.

Con curiosidad me arranqué los ojos y los puse a los pies del parral. En ese instante mis ojos gritaron asustados. Por la fosforescente boca de medusa que nacía en las raíces, la sangre de los vinos futuros alzaba sus puños cargados de rayos. Enormes palomas de herretería y amianto picotearon la tierra, despertando enjambres de primaveras perezosas, y en las gargantas de las flores encendían anillos de fuego que vociferaban con júbilo salvaje. En medio de la zarabanda, sorprendí a mi predilecta, la soñadora azucena, que, reclinada en los brazos nervudos de la fiebre del vino, erizaba su pecho de rojas alegrías perversas. Me fui alejando entonces, sin despedirme, con un aire sombrío y derrotado, mientras las grandes begonias, silenciosas e irónicas, me sacaban la lengua entre gestos de inocente reverencia.

(*La Plata, 1941*)

A R T U R O   H O R A C I O   G H I D A

## TIEMPO AL TIEMPO

**Q**ué grado de valorización concede al tiempo nuestro pueblo? Una expresión vulgar como aquella de "dar tiempo al tiempo" nos pone en la pista del grado posible de apreciación que se le dé, pero al mismo tiempo nos despista. Tal expresión tiene una cara y una cruz de apariencia contradictoria. El tiempo, hacedor, forjador de los acontecimientos que esperamos. Demos nuestra fe al tiempo que nos ha de venir, mejor al tiempo que nos ha de traer —carro maravilloso, barco mágico portador de carga milagrosa— aquello que más deseamos. El tiempo, carro dorado, carro de oro, cargado de sueños.

Pero esta fe nos hace perderle, perder el tiempo en no hacer otra cosa que esperar. El tiempo de hoy no nos sirve sino para esperar el tiempo de mañana. El tiempo, sorpresa de suerte tras de la esquina por la que un día —¿cuál?— desembocará lo que aguardamos. El hoy, como puente. Como puente, sobre el agua, claro espejo en donde ver la estampa del porvenir. De brazos cruzados sobre ese puente y con los ojos llenos de agua. Así el puente se hace nave y cabalga sobre la corriente y no se sabe si pasamos nosotros o pasa el río y el encanto de la película que vemos reflejada nos borra de la voluntad los últimos gérmenes de toda iniciativa.

DEMOS tiempo sin horas —abramos al destino un crédito infinito— al tiempo medido, tasado, de nuestros años en la tierra. ¡Tremenda, terrible contradicción! Le abrimos un

crédito infinito, pero nuestra vida es corta, finita. ¡Ah!, exclamarán los esperanzados — pero ya sonará lo que sea, las soluciones, la solución, mañana, antes de que suene la hora de la solución definitiva, la hora de la muerte. Demos al tiempo un plazo ilimitado, pero la esperanza acortará este plazo. La esperanza provocará los acontecimientos. No es lo mismo esperar que aguardar. En el aguardar estamos sentados, pasivos, inmóviles. En el esperar es como si tuviéramos un imán en el corazón. El aguardar, la duda. En la esperanza, la seguridad. En la esperanza, la fe. El que espera no desespera; está inclinado hacia el fondo del futuro y en sus oídos vibra el rumor de los pasos que se acercan y la velocidad que traen. Esperar es masticar el chicle inagotable de la paciencia.

La esperanza y el tiempo son, pues, los protagonistas del drama que nosotros no representamos. ¿Será éste el drama nuestro, el drama de esos españoles que inventaron lo de "dar tiempo al tiempo" y lo de "con el tiempo y la esperanza todo se alcanza"? ¿Será esta expresión, tiempo al tiempo, la que valoriza más alto el concepto tiempo elevándole a protagonista de una historia en la que siendo nuestra apenas, si somos espectadores con las gafas verdes de la esperanza? ¿O será más bien la más despreciadora, la que no concede valor, en contra nuestra que vivimos sin la medida del camino que nos falta por recorrer, al tiempo registrando y cuadrículando nuestra existencia, llevándonos la cuenta de este breve caudal de nuestras horas? Esta es la cara y la cruz de apariencia contradictoria de nuestra frase popular.

*(En el exilio, Caracas, 1941)*

JOSE LUIS SANCHEZ - TRINCADO

## “LA INVENCION DE MOREL”

1. SOBRE SI ES UNA NOVELA DE AVENTURA. — No lo creo, aunque esto se haya afirmado por ahí. O, si se quiere, es una novela de aventuras metafísicas, un poco como pasa con las cosas de Chesterton. Lo más angustioso, lo más magistralmente angustioso que hay en el relato de Bioy Casares es la complicación física y metafísica del problema, con sus universos yuxtapuestos y asimétricamente penetrables (el evadido puede hacer ciertos sondeos en el mundo de los fantasmas, pero éstos ignoran el mundo real). Algo así como universos separados por una dimensión “semi-permeable”.

Pero todo esta nomenclatura es apenas correcta, porque: ¿Cuál es el mundo real? ¿Son aquéllos verdaderamente fantasmas? ¿No es, o no puede ser, el evadido un fantasma, también él? Si Morel, como un demiurgo, hace repetir hasta el infinito la vida de sus criaturas, ¿no es posible que el propio Morel, el evadido, B. C., y todos nosotros (incluso un amigo mío, a quién maldita la gracia que le haría), no es posible que seamos títeres fantasmas de un Super-Morel, que nos mueve en un eterno círculo, sin permitirnos el recuerdo de los ciclos anteriores? Pero, ¿tiene sentido para nosotros hablar de ciclos anteriores si no tenemos ni reminiscencias de los mismos? ¿Y qué grado de realidad tendrían los fantasmas de Morel, si a su vez él fuese una proyección realizada por el Super-Morel? Esto me parece un laberinto de espejos.

Y luego está el problema de las sensaciones. Morel es sensualista y la realidad es, para él, un conjunto de sensaciones: cuando se “proyectan” todas las sensaciones correspondientes a Madelaine, se proyecta a Madelaine misma. Tanto que el alma transmigra de la “realidad” a la proyección y la “verdadera” Madelaine muere...

Hay toda una “weltanschauung” en la novela (hace rato que deseaba colocar esta palabra, ¡qué diablos!).

2. SOBRE LA INVENCION. — Admiro a González Lanuza como escritor; que no se sienta molesto, pues, si le hago una pequeña observación sobre física (a veces me pongo a reflexionar con perplejidad acerca de mi diploma). Claro que esto es un poco desconsiderado, pues así como un boxeador tiene “la trompada prohibida” en la vida diaria, a un físico debería estarle “prohibida la física” fuera del laboratorio. Que conste, sin embargo, que yo no busqué la camorra.

G. L. le reprocha a B. C. haber olvidado principios fundamentales de la Energética. Con el revólver de la Termodinámica entra en el cuarto donde B. C. incubra su universo y le hace levantar las manos; por lo menos B. C. creyó que se

trataba de un revólver, y en esto basta con creer. Ahora he aquí que yo entro a mi turno, también con el revólver de la Termodinámica, y G. L. levanta las manos (así lo espero) y B. C. baja las suyas. (Después de ver “Los hermanos Marx en el Oeste”, temo por momentos que alguien entre detrás mío, haciendo levantar mis manos, bajar las de G. L. y levantar las de B. C.).

El revólver de G. L. está constituido por la “Suma de Temperaturas” y por el “Segundo Principio”, de manera que más bien es una escopeta de dos caños. No creo que sea éste el lugar para exponer las razones por las cuales se equivoca G. L. Sólo diré: a) que dos soles deben calentarse seguramente más que uno; b) que el eterno retorno no es un imposible, a la luz de la Termodinámica Estadística: es cierto que la Entropía es la Muerte, pero también es el logaritmo de la probabilidad. Lo necesario se funde, así, con lo contingente y aleatorio, en forma que sería grata a Hegel.

3. SOBRE SU ESTILO. — El libro está maravillosamente escrito, hasta cuando está mal escrito (mal escrito por coquetería, por cierto desgaire aristocrático de gente que sabe de sobra lo que hace; como cuando Picasso dibuja “mal” o cuando Pasteur se bebe el agua donde acaba de lavar las uvas. Las reglas están hechas para los pobres diablos, y si no recuérdese lo que dijo Moussorgsky).

B. C. muestra, pues, cierto abandono negligente (“Haber estado queriendo averiguar”). Pero, ¿se puede saber en qué otra forma se podría expresar ese matiz? ¿Y cuándo Cervantes aplaba tres infinitivos?

La incongruencia que parece existir en las primeras partes, es un sabio recurso de “metier”, destinado a crear una atmósfera de alucinación, una urdimbre cuasi onírica. Y después, B. C. tiene hallazgos finísimos, imágenes sutiles, propias para enviar mensajes desde su misterioso trasmundo. De pronto, al moverse entre sus ingravidades criaturas hipostáticas, se sienten como soplos helados que vienen desde alguna dimensión espectral.

4. SOBRE SU HUMORISMO. — Delicado, con vagas reminiscencias (cómo no) de las tarjetas postales pornográficas y sus inevitables barbudos y bigotudos “fin du siècle”. Hay salidas del más puro margotinismo. (Ver “Einführung in den Margotinisumus”, de Johannes Gänther, Verlag von H. Hartmann, Jena, 1891), como cuando el horrible tenista grita, loco de celos y desesperación: “Le cul à barbe, Madame Faustine!”

“La invención de Morel”, por Adolfo Bioy Casares  
Ed. Losada, B. A., 1940

ERNESTO R. SABATO